

H O M E N A J E

JUAN FRANCISCO GONZALEZ

LA muerte de un artista nunca tuvo en Chile repercusiones apreciables. El editorial enlutado y el elogio superlativo se guardan con avaricia para lamentar el desaparecimiento del gestor afortunado que llegó a ser Ministro, o de cualquier Pacheco aristócrata, que ganara estimación y acatamiento con la sabiduría de su silencio incapaz. Toda sociedad reserva sus honores para los que mejor la representan.

La muerte de Juan Francisco González ha puesto una vez más en evidencia la ingratitude y la incomprensión chilenas.

Es bien difícil hallar, al través de la historia artística y literaria de Chile, un hombre que haya mostrado con más sencillez que él los grandes valores del espíritu. Poseedor de esa riqueza interna que no muchos alcanzan, a los quince años comenzó su carrera de pintor, que sólo habría de interrumpir con la muerte. Una honradez artística a toda prueba le hizo vivir codeándose con la miseria, sin un gesto de amargura, y sin una claudicación ante la estulticia de la burguesía que compra. González pintaba por una irresistible necesidad físico-espiritual, y no descendió jamás a pintar «la cosa bonita» que se paga bien y da renombre de pintor elegante.

Yo acompañé en cierta ocasión hasta la casa del maestro—en un suburbio quieto y dorado de la ciudad—a alguien que quería comprarle algunos de sus cuadros más elogiados. Nos acogió con afecto, nos mostró su taller,

pero se negó a vender las obras que el comprador le interesaban. —No tienen precio. Son la fortuna de mis hijos y la alegría de mis últimos años. Indíqueme otra cosa, y le diré cuánto vale.

Y ante la insistencia para que avaluase los cuadros que se resistía a vender, respondió sencillamente, la voz casi dolorida: con esta frase inolvidable que dice toda su grandeza de alma:—Nadie podrá pagarme lo que para mí valen. No insista, señor.

Trabajador, sin fatiga, es, indudablemente, el más fecundo de los artistas chilenos y el que llegó más alto. Pero no es la ocasión ésta, ni me doy humos de crítico de pintura, para analizar el temperamento artístico de Juan Francisco González. Sólo he querido, ahora que sus ojos no recogen el paisaje criollo, señalar la mezquinidad del ambiente chileno para los muy escasos hombres que lo enaltecen.

En mi rápido y bohemio viaje por Europa—a mediados de 1929—tuve algunas horas de charla con D'Halmar—Juan Francisco González y Augusto D'Halmar son cumbres en la medianía artística de Chile—en su refugio de Madrid, y le dije que el gran maestro impresionista estaba viejo y cansado, y que su pueblo le debía el homenaje que toda sociedad debe rendir a sus apóstoles de la belleza. Le manifesté que a mi regreso al terruño buscaría colaboradores para organizar una velada pública en su honor y una exposición completa de sus obras, y le pedí que colaborase con su pluma al brillo de esa velada. Me dió, para esa manifestación de nuestra cultura que nunca llegó a realizarse, unas bellas palabras que se publicarán en esta Revista.

Llamé a las puertas del escritor más amigo de González y del pintor que más le admiraba, para comunicarles mi proyecto de homenaje y pedirles su ayuda en esa tarea no fácil. Me acogieron con entusiasmo y ambos estuvieron conmigo en que Chile debía su gratitud al maestro magnífico que le honraba como ninguno.

Pasaron los años, acaba de morir el pintor de los huertos otoñales y el de las rosas amarillentas, y el prosista y el pintor que no me ayudaron a realizar el homenaje que yo quería, leyeron discursos emocionados ante la tumba del maestro.

¡Ingratitud chilena! Desidia para honrar al que nos honraba a todos, y dolor bullicioso y literario para el recuerdo póstumo.

Juan Francisco González se fué de la vida ante el dolor de escritores y de artistas que le querían y le admiraban, y temblorosas manos femeninas cubrieron de rosas frescas la caja oscurecida en que se tendieron para siempre sus huesos andariegos. Le acompañaron hasta el cementerio sus grandes afectos: pintores, poetas, discípulos y mujeres bonitas. Pero faltó el homenaje oficial, al más grande de los artistas chilenos. Tal ausencia es justificada. El que moría era un soñador. Y sociedades como la nuestra sólo rinden homenaje a los que encarnan su decadencia.—CARLOS PRÉNDEZ.

